

EPIODIOS DRAMÁTICOS.

EN LAS CUENTAS DEL ROSARIO.

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

EDUARDO HERRAIZ FARINAS.

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Valladolid,
la noche del 27 de Enero de 1879.

PRIMERA EDICION.

VALLADOLID:

Imp. de José Rojas, calle de Guadamacileros, núm. 2.

1879.

EPIODIOS DRAMÁTICOS.

EN LAS CUENTAS DEL ROSARIO.

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

EDUARDO HERRAIZ FARINAS.

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Valladolid,
la noche del 27 do Enero de 1879.

PRIMERA EDICION.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

RÁS

Procedencia

18

VALLADOLID:

Imp. de José Rojas, calle de Guadamacileros, núm. 2.

1879.

Esta obra es propiedad de su autor,
quien ha cumplido los requisitos
prevenidos en la ley de 10 de
Enero de 1879, y someterá á sus
efectos penales á los que le per-
judicaren en los derechos que la
misma le concede.

Todos los ejemplares llevarán la con-
traseña de su autor.

Al Ilmo. Sr. D. Joaquin Marton y Gavin.

ILMO. SR.:

La gratitud y la estimacion han hecho á mi alma dedicarle la primera produccion, el primer fruto de mis trabajos dramáticos.

Grande es la causa que me ~~impulsó~~^{impulsó} á rendirle este homenaje; pequeño el mérito de esta obra; pero, por ser la primera, acéptela V. I. como testimonio del reconocimiento que ha hecho brotar en mi corazon.

ILMO. SR.

EDUARDO HERRAIZ FARINAS.

PERSONAJES .

ACTORES .

MATILDE..	SRA. D. ^a MARIA RUIZ.
EMILIA..	SRA. D. ^a DOLORES RODRIGUEZ
DIEGO.	SR. D. JUAN TORRECILLA.
ANDRÉS.	SR. D. RAFAEL LOPEZ.
D. JUAN.	SR. D. GASPAR RÁMOS.

Epoca actual; la escena de noche.

ACTO UNICO.

Jardin: un pabellon á la derecha: fachada interior de casa con dos puertas y un farol en medio; tapia al fondó con postigo á la calle; bancos, etc....

ESCENA I.

MATILDE, EMILIA, *(en el pabellon.)*

Matilde. Gracias, Emilia, ya sé
que puedo contar contigo
y en tu corazon amigo
únicamente fié.

Emilia. Yo sólo ví el mundo aquí
junto á mis buenos señores
y en usted, en sus dolores,
lo que es el mundo aprendí.

Matilde. Tú ignoras áun lo terrible
de las tormentas del alma....
¡Bendita, bendita calma
la tuya! Yo, en indecible,
en espantosa vigilia
vivo, sin tener derecho
á que consuele mi pecho
el amor de la familia.
Yo amaba á un hombre y el sér
en su sér fundia yo,
cuando á Cuba lo llamó
con fuerte impulso el deber.
Cual bueno murió en la guerra

y, sin nadie ya en el mundo,
 soledad, duelo profundo
 fueron mi amparo en la tierra.
 En tal aislamiento, ufano
 don Diego me pretendió
 y el corazón aceptó
 su amor, su fortuna y mano.
 Pero apesar de su muerte
 aún le lloro y le recuerdo
 y ni un sólo instante pierdo
 de lamentar tan cruel suerte.
 Y de tal modo su nombre
 y su amor pronuncio avara
 que, si alguno me escuchara,
 creyera existe tal hombre.
 ¡Ay! nunca pude esperar
 la desgracia que hoy me amaga,
 y que aquí la antigua llaga
 hace con fuerza brotar.
 Pobre niña tú, no sabes
 lo que sufre el alma mía
 hoy que ese amigo me envía...
Emilia. Nunca yo penas tan graves
 sentí, es verdad; mas presiento
 por lo visto en usted de ellas,
 que son dolorosas huellas
 las huellas del sufrimiento.
 Corta fué mi educación
 de mi vida en el preludio;
 mas no necesita estudio
 el libro del corazón.
 Los que las horas pasamos
 cumpliendo leal servicio,
 sólo tenemos el vicio
 de adorar á nuestros amos.
 Y á fuerza de estar un día
 y otro al calor de su hogar,
 lloramos con su pesar
 reímos con su alegría.
 Por eso, porque fiel soy,
 gustosa yo en este asunto
 he intervenido y barrunto
 que sus penas cesan hoy.
 Y aunque el corazón me aflige

ese insensato pesar,
creo que debe aceptar
la cita que se le exige.

Matilde. ¿Y nó podrán sospechar
que causo injuria á mi honor
si inmenso el antiguo amor
ven aquí résucitar?....
En vano con fé pretendo
matar recuerdos felices
que aquí otra vez sus raíces
lentamente van prendiendo;
y en este angustioso drama
que representa mi vida,
aunque el deber dice «¡olvida!»,
ellos gritan »¡ama!, ¡ama!»

Emilia. Por qué en tanta confusion
de penas así se abisma
quebrantándose usted misma
las fibras del corazon?

Matilde. Porque mi alma es un desierto
sin un oásis bendito!
Porque, si no es un delito
adorar con fé al que es muerto;
el rito de la virtud
prescribe á la esposa honrada
que no pose la mirada
ni aún en el triste ataüd,
cuando el polvo en él se encierra
de otro hombre en santo reposo,
y sólo en Dios y en su esposo
debe pensar en la tierra.

Emilia. De su lealtad, señora,
seguro y convicto está
su amigo y no admitirá
apariencia acusadora.
Hoy mismo desembarcó
y hoy mismo quiere cumplir
el encargo que al morir
D. Eduardo le confió.
Yo no juzgo mal su intento,
ni esta sencilla visita
aunque con nombre de cita
se disface.

Matilde. Mas presiento...

Si se descubre...
Emilia. ¡Quién puede
 decir nada, si las dos,
 ese caballero y Dios
 sabémoslo?... Vamos... ¿cede?
 Qué le digo?

Matilde. Bueno, bueno,
 consiento; y Dios que me vé,
 Dios que comprende mi fé
 y mi pecho siempre ajeno
 á faltar á mi deber,
 perdóneme si llorosa
 hoy recuerdo como esposa
 lo que amé como mujer.

Emilia. Conque á las nueve?

Matilde. A las nueve.

Emilia. Poco falta... Por lo tanto
 voy á avisarle... (*Se dirige al postigo;*)

Matilde. Dios santo!

Mi corazon no se atreve...!

Emilia. Vamos, valor! Por aquí (*Señala al postigo.*)
 con cautela le entraré.

Adios, señora; él la dé
 ánimo y fuerza. (*Mútis por el postigo que abre y
 cierra con llave.*)

Matilde. Ay de mí!

ESCENA II.

MATILDE,

Noche plácida y ~~hermosa~~
 misteriosa soledad,
 bello jardin en que miro
 mi retiro y santo hogar;
 no ya como en otros dias
 alegrías dáis y paz;
 no, como en otras pasadas
 y lloradas horas, ya
 sustentais mi dulce anhelo
 y consuelo y fé y afan!
 Sublimes horas benditas
 escritas en el cristal
 de ese cielo ayer amigo,

testigo hoy de mi pesar;
 horas que se deslizaron
 y escucharon, por mi mal,
 suspiros de un amor loco
 que tampoco volverán!

(Queda sollozando. Diego asoma puerta primera y llega pausadamente al pabellon, sin ser visto de Matilde.)

ESCENA III.

DIEGO, MATILDE.

Diego. *ap.* (¡Siempre triste y siempre bella!
 ¡Alma inflexible y sombría,
 corazon impenetrable
 que consuelo ajeno esquivo
 y en sus secretos pesares
 con sus lágrimas se abisma!)
 Matilde...

Matilde. Diego... Es que estabas...

Diego.. Contemplando esas mejillas
 que en su tinte melancólico
 revelan, aún no marchitas,
 recientes huellas de lágrimas
 que luchan con tus sonrisas.

Matilde. ¿Acaso, Diego, supones...?

Diego. Supongo que no es tranquila
 esa espresion que las rosas
 roba á tu fisonomia;
 supongo que esas dos perlas
 que en tu pálida tez brillan,
 dan la razon á mis ansias
 y un mentís á tu alegria...
 Vamos, dime con franqueza;
 ¿Por qué extranjera á la dicha
 vives, trazando con lágrimas
 las páginas de tu vida?
 ¿Nó me has visto siempre atento,
 siempre, siempre hecho el espía
 de tu capricho mas leve
 por realizarlo enseguida?
 ¿Estás enferma?

Matilde. Yo, Diego?

Diego. ¿Nó eres feliz?

Matilde. (con serenidad fingida) Felicísima!
Diego. ¿Qué te hace falta?

Matilde. A mí... nada!

Diego. ¿Qué es lo que tienes?

Matilde. Manias.

¿Vés? Ya me rio...

Diego. Así quiero
 mirarte siempre y tranquila.
 (*Entra Andrés puerta I.*)

ESCENA IV.

Dichos, ANDRÉS.

Andrés. Perdonadme, si á tal hora...

Diego. Hola, Andrés!

Andrés. Primita...

Matilde. (*con sequedad*) Adios!

Andrés. Hoy recibe la señora
 de Ramos .. la encantadora
 viuda... y vengo por los dos.

Diego. Esta dirá...

Matilde. Las reuniones
 detesto... Te lo agradezco...
 Yo tengo mis distracciones
 en la soledad... padezco...

Andrés. Sí; te aburren los salones...

Diego. Es cuestion ya de costumbre.

Matilde. A la luz, al movimiento
 del baile, mi pensamiento
 prefiere la tibia lumbre
 del hermoso firmamento
 que riela en este retiro,
 donde con calma respiro
 sin que turbe mi sosiego
 el aromoso suspiro
 de estas flores que yo riego.

Diego. No te molestes, Andrés;
 hoy está cual nunca triste
 y hasta á hablarnos se resiste.

Andrés. Conque no vás?

Matilde. No!

Diego. Lo vés?

De tu capricho desiste.

Y puesto que yo te trato
como á un hermano del alma,
te dejo aquí.

Andrés. *ap.* (Mentecato!)

Diego. A ver si tornas la calma
á su pecho. Voy un rato
á coger mis cartas.

Matilde. *ap.*-(Cielos!)

Andrés. *ap.*-(Pues que me deja con ella...)

Diego. Espero que á su querella
dés eficaces consuelos. (*Mitis pta. 1.*)

Matilde. *ap.* (Este hombre es mi mala estrella.)

ESCENA V.

MATILDE, ANDRÉS.

Andrés. Por fin, Matilde, á tu lado
puedo á solas... (*Intenta cogerla una mano.*)

Matilde. (*Rechazándole.*) Caballero!

Andrés. ¿Mas por qué mi amor sincero...

Matilde. Y ¿por qué usted tan osado
de él habla?... Si por prudencia,
si por la paz del hogar
pude hasta aquí perdonar
su descaró; hoy la paciencia
se agota, y no encuentro medio
de resistir tal cinismo.
Entre los dos un abismo
existe.

Andrés. (*Con ironia é intencion.*) Te causo tédio...?
Quizás... prima,... si tu vés...
ofensa en mis pretensiones...
es porque hay... otras razones...
mas poderosas...

Matilde. Andrés!

No hay razones que el delito
justifiquen! El que insano
falta al honor de un hermano,
es un mal hombre!

Andrés. (*Id. id.*) Repito...
que, al... despreciar... así el fuego..
de mi pasión colosal...

Matilde. Jamás mi pecho leal

Andrés. hará traicion á mi Diego!
 Cuando, con harta imprudencia, (*Transicion.*)
 una mujer lanza al viento
 los ecos de un sentimimiento
 que no cabe en su conciencia;
 cuando en ese pabellon
 deja escapar el secreto
 de un amor loco, indiscreto,
 que mancha su corazon;
 cuando, escondida en la sombra
 de estos árboles gigantes,
 otros vínculos amantes
 su lábio adúltero nombra;
 no debe así al alma mia
 reprochar porque la adora
 ni escudarse en tan traidora
 y cínica hipocresía.

Matilde.

Jesús!

Andrés.

Me has llamado loco
 en premio á mi amante ruego,
 cuando á un hombre, que no es Diego
 dás tu amor. Y aunque bien poco
 honro á mi primo al amarte,
 si otro esclavizó tu pecho,
 uso del mismo derecho
 que á él asistió al cortejarte.

Matilde.

Infame!

Andrés.

Yo sorprendí
 que en noches claras, serenas,
 á la soledad tus penas
 viniste á contar aquí.
 Y las frases que salian
 de tus lábios, con tu aliento,
 en mí las ondas del viento
 íntegras repercutian.
 Y supe que existe un hombre
 que, del mundo en la jornada,
 á tu conciencia exaltada
 dá alimento con su nombre;
 que le amas loca, perdida,
 como el alma á lo increado,
 como á Dios, tras el pecado,
 la conciencia arrepentida;
 como el pez al agua pura

donde rebulle y se agita;
 como á la ciencia infinita
 de Dios, ama la criatura.
 Y yo... en pos del egoismo
 que me arrastra hecho un demente
 cual la avalancha absorbente
 que precipita al abismo;
 al ver en tí arder tal fuego,
 creció mas la pasión mia
 grande como la alegría
 que al ver la luz siente el ciego;
 y este amor que precipita
 al crimen, que fué al nacer
 el amor que Lucifer
 consagra al alma maldita;
 desde entónces, ay!, me llama
 hácia tí y, sin tino, incierto,
 voy á tí como al desierto
 vá la tempestad que brama.
 Por Dios!...

Matilde.

Andrés.

Matilde.

Si atiendes mi ruego,
 iré tus huellas besando!
 Basta! Está usted insultando
 á Dios y al honor de Diego!
 Si, porque ha sido indiscreto
 sorprendiendo mis dolores,
 con sus infames amores
 pone precio á mi secreto;
 aún no me ha manchado el lodo
 impuro que usted ha creído...
 Cuando vuelva mi marido
 puede contárselo todo!

(Con desprecio y mütis puerta 2.)

Andrés.

Sí, sí! Ya que mi esperanza
 hundes en tan hondo abismo,
 pronto, muy pronto, ahora mismo
 saciaré mi cruel venganza!

(Se abre el postigo del jardín y entra Emilia, cerrando.)

14
ESCENA VI.

EMILIA, ANDRÉS.

Emilia. *ap.*-(Ay, el señorito Andrés!)
Andrés. Hola, Emilia!... ¿Dónde has ido que así, de noche, á tal hora, con misterio y por tal sitio entras? Por qué sonrojada te pones?

Emilia. Es... que... he tenido... que ir á un encargo...

Andrés. (*Con sorna.*) Anda .. sube... y dí que baje á mi primo. (*Mútis Emilia pta. 1.*)
La doncella á tales horas salir así sin motivo... (*Pausa leve, y meditando*)
Sí, sí; yo debo esta noche acechar por estos sitios...
Yo sabré si alguna cita la salida ha promovido... (*Entra Diego*)
de la doncella... aquí llega mi pariente... ¡pobrecillo!

ESCENA VII.

ANDRÉS, DIEGO.

Diego. Chico, chico, qué noticia! (*Con alegría vehemente*)
Andrés. Pero qué te ha sucedido?
Diego. Que ahora poco, en el correo, una carta... ay!... qué delirio! Que mi padre... esta semana... ¿oyes?, quizás hoy, hoy mismo vuelve de Cuba...

Andrés. Demonio!

Diego. Y Matilde?

Andrés. Se ha subido hace un instante... Por cierto que siento, querido primo, turbar el gozo, la dicha causados por ese escrito.

Diego. Turbar mi gozo!... No alcanzo...

Andrés. Me explicaré... mas te exijo que me dispenses...

- Diego.* Corriente!
- Andrés.* El vivir siempre contigo
es causa de los pesares
que en Matilde has sorprendido.
- Diego.* Cómo! Qué dices, Andrés!
- Andrés.* Nada que, según he visto,
estás siendo sin pensarlo
un estorbo, caro primo.
- Diego.* Rayo de Dios! Qué palabras
son esas que has proferido!
- Andrés.* Palabras! Hay algo más...
Hay hechos, hechos fresquitos.
- Diego.* Hechos! Hechos! Habla claro!
- Andrés.* Tén paciencia y calma, chico,
- Diego.* Pero...
- Andrés.* Matilde te engaña...
te está poniendo en ridículo!
- Diego.* Desdichado! (*Lo coge violentamente*)
- Andrés.* Suelta, Diego!
- Diego.* Infame!
- Andrés.* Suelta!
- Diego.* Maldito!
Si esas palabras oyesen
de un extraño los oídos,
aquí á mis manos murieras!
- Andrés.* Escúchame:.. Te suplico...
- Diego.* Retráctate, miserable! (*Lo suelta.*)
- Andrés.* Nunca, Diego; lo que he dicho
es verdad: ella las pruebas
me ha dado.
- Diego.* Pero Dios mío!...
Es posible!... Nó; este infame
debe estar falto de juicio!
Dí que te has equivocado!
- Andrés.* Yo ni pongo rey ni quito:
tu esposa es una perjura,
tu esposa es un sér indigno,
tu esposa te ha suplantado,
tu esposa es tu desprestigio
y, si así tocas el órgano
y no acechas y andas listo,
ante los ojos del mundo
vas á ser primo, el gran primo. (*Mútis. Páusa.*)

16
ESCENA VIII.

DIEGO.

¡Pero estoy loco ó soñando!
Qué abismo á mis pies se ha abierto!
Qué cruel desengaño es este
que aquí, terribles rugiendo,
hervir hace cien volcanes
que me calcinan el pecho!
Conque esas penas secretas
son hoy el maldito sello
que mancha mi honrada frente!
Conque mis santos derechos
vulnera y pisa y cercena
un hombre, un rival artero
que así forja mi deshonra,
así mi envilecimiento!...
Mujer! Mentida ilusion,
charca impura, mar de hielo,
lago de cristal vibrátil
que descubre en su escarceo
perlas en la superficie,
fango y escoria en su lecho!...
Y hay corazon que se calle
al arder en tal infierno,
ni cerebro comprimido
de horribles dudas al peso
que, cual cráter, no vomite
la hiel de sus pensamientos!
Nó, nó, Que siento abrasarse
mis artérias con el fuego
de este furor concentrado,
gigante, infernal, sangriento,
que agranda mas la vergüenza
que escrita en la frente llevo!
Nó, nó! Me pide venganza,
con eco potente y fiero,
de mi honor hecho girones
el envilecido espectro!
Venganza! Sí! Del inícuo
que así trituró mis fueros,
necesito gota á gota,
beber la sangre y del pecho

arrancarle el corazón,
 escupirlo con desprecio,
 morderlo, hacerlo pedazos,
 y pisotearlo luego!
(Entra Matilde y transición rápida.)

ESCENA IX.

DIEGO. MATILDE.

Matilde. ¡Llamabas, Diego?... Tus gritos
 desde mi cuarto sentí...

Diego. Son los ecos infinitos
 de mis pesares malditos!

Matilde. Comprendo... Andrés... tal vez...

Diego. Si!

(Pausa larga. La coge y adelanta al proscenio. Lo siguiente queda al sentido del actor.)

De un jardín en los escaños
 que suave musgo bordaba,
 vírgen aún de desengaños,
 triste, hermosa y pura estaba
 una mujer há dos años.
 Arcángel, querub dichoso,
 rica perla de Golconda,
 velaba su rostro hermoso
 con el cendal abundoso
 de su cabellera blonda.
 Gérmen de grato consuelo,
 en sus divinos antojos
 Dios, con soberano celo,
 robó dos astros al cielo
 para dar luz á sus ojos.
 Y para dar más beldad,
 mas tesoros á su sér,
 de soñada idealidad,
 ángel la hizo su bondad
 con figura de mujer.
 Un hombre á sus pies, de hinojos,
 era en éstasis profundo
 mirando sus lábios rojos
 como mira el moribundo
 la luz que escapa á sus ojos,
 Ella, de un suspiro en pos,

moduló un *si* dulce, tierno;
y haciendo testigo á Dios,
juráronse amor eterno
mirando al cielo los dos.
Amor que, desde la altura
serena en que se cernia,
ignoraba la impostura
del mundo, y en la dulzura
de su inocencia dormia.
Purísimo sentimiento
de inmaterial ambicion
á quien daban alimento
eflúvios del pensamiento,
suspiros del corazon.
Amor grande encadenado
á la virtud y que, en pos
de su destello sagrado,
al nacer fué sancionado
con la sonrisa de Dios...!
Pasó el tiempo... En santa union
sus almas vino á estrechar
cadena de bendicion
que en un sólo corazon
las confundió ante el altar.
Mas, ay!..., Sin saber por qué,
sus votos ella rompió,...
Él, pura guardó su fé...
¡Ella, señora, era ustedé,
el hombre, señora, yo! (*Pausa leve*)

Matilde.

Diego, perdon! Yo te juro
que mi pecho no es perjuro!...
Escucha solo un momento...

Diego.

Ingrata! (*Marchándose.*)

Matilde.

(*Deteniéndole.*) El remordimiento
es castigo mas seguro! (*Transición*)

Diego.

Luego es verdad! Delincuente
te muestras á mi furor!
Conque has borrado el pudor
que sonrojaba tu frente!

Matilde.

Intacto guardo mi honor!

Diego.

Si acaso á la religion
tu conciencia rinde culto;
¿qué cuentas de tu traicion
diste á Dios, si la oracion

es en tu lábio un insulto?
Yo iré de tu amante en pos
y esos viles, torpes lazos
con que así manchais los dos
mi nombre, juro por Dios
que he de hacer pronto pedazos!

Matilde. Mátame á mí... mas te pido...

Diego. Miserable! Así anhelante
la gracia para el amante
osas pedir al marido!

Matilde. No te ciegues y un instante...

Diego. Querrás que mire risueño
al hombre que en torpe empeño
satisfizo así su orgullo,
si de un honor que no es tuyo

*(Emilia asoma
y vuelve á ocultarse.)*

hiciste al infame dueño!
Y ya que, tan sin ventura,
comerciaste vil é impura
con mi nombre y con mi rango,
querrás que dé sepultura
á mi pudor en el fango!
Así sois todas, así
las que en torpe frenesí
vendeis amor, honra y fé....

(Transición.)

Señora, déjeme usté
ó no respondo de mí! *(Mútis pta. 1.º)*

(Entra Emilia por el postigo, donde estaba esperando, dejándolo entreabierto.)

ESCENA X.

MATILDE, EMILIA.

Matilde. Ay, Emilia!

Emilia. ¿Qué ha ocurrido?

Matilde. Que Don Andrés se ha vengado
por haberlo despreciado,
contándole á mi marido
mi secreto.

Emilia. Es un malvado!

- Matilde.* ¿Y cómo supo?
 Escuchó
 mis suspiros... y, creyendo
 que el amante que murió
 y que mi lábio nombró
 existe aún y que vendo
 mi honor, mi fé, mi ternura;
 acusándome de impura,
 en el alma de Don Diego
 de celos horrible fuego
 encendió con su impostura! (*Llora.*)
- Emilia.* Y ¿por qué tan humillada
 ha de verse al fiero yugo
 de duda injustificada?
 ¿Por qué, si usted es honrada
 ha de encontrar tal verdngo?
 ¿Por qué terrible así avanza
 de amarga hiel un alud
 que ruje, llega y le alcanza
 si, extranjera á infiel mudanza,
 duerme en usted la virtud?
- Matilde.* Por que Dios á la mujer
 da corazon para amar,
 conciencia para creer,
 alma para padecer,
 pupilas para llorar.
 Porque una irritante ley
 cuyo rigor nunca acaba,
 hace, en la mundana grey,
 al hombre ser siempre rey,
 á la mujer siempre esclava.
 Y aunque ostenta hermosas flores
 en sus sienes peregrinas,
 las marchitan los dolores
 que erizan siempre de espinas
 la senda de sus amores.
- Emilia.* Por eso el hombre ver cuida
 la arista en el ojo ageno...
- Matilde.* Y, miéntras ingrato olvida
 que de la mujer el seno
 fué el génesis de su vida;
 ella con ternura y celo,
 con abnegacion prolija,
 hace al hombre, aquí en el suelo,

amar la vida, si es hija,
pensar, si es madre, en el cielo.

Y si el destino precario
se torna, del hombre en pos
va en su dolor solitario
como bendito emisario
de los consuelos de Dios...
Triste farsa, torpe ciencia
del mundo, que hacen simpática
esta mezquina apariencia,
pobre, estéril matemática

que llamamos existencia! (*Suenan las nueve,*)

Emilia. Las nueve... Debe llegar... (*Se dirige al postigo.*)
si no está aquí ya esperando...

Matilde. Que se vaya.

Emilia. Cómo!

Matilde. A hablar
renuncio... Si está observando
alguien... sería aumentar
las sospechas de mi esposo.

Emilia. Pero...

Matilde. Basta! Mi reposo
lo exige.

Emilia. *ap.*-(Pues todo el plan
descompone que gozoso
ha preparado D. Juan.)

Matilde. ¿Que estás ahí murmurando?

Emilia. Señora; estoy lamentando
esta determinacion...
Mas si me dá su perdon
al engaño...

Matilde. Qué!

Emilia. Ocultando
he estado á usted...

Matilde. El qué?

Emilia. Digo
que, aunque hablarle no le cuadre...
es ese supuesto amigo
que ha de entrar por el postigo,
padre del señor...

Matilde. Su padre!

El padre de Diego! Nó...

Emilia. Si, señora. D. Juan es
el amigo que me habló

y la cita me pidió.
Matilde. Y por qué ocultarse?
Emilia. Pues
 eso mismo yo decia;
 mas dijo, que no queria
 dar su nombre ni mostrarse
 sin previamente encontrarse
 con usted. Y yo fingia
 que era un amigo el que asi
 de parte de D. Eduardo
 venia...

Matilde. Dí que le aguardo.
Emilia. Debe estar sin duda aquí... (*mira al postigo.*)
 (*Entra D. Juan por él que deja entreabierto*)
Emilia. El es; no ha sido muytardo. (*Señala á D. Juan y
 mütis puerta 2.*)

ESCENA XI.

MATILDE, D. JUAN.

(*Despues de los primeros versos, Andrés penetra sigilosamente por el postigo, escucha y se alegra de haberlos sorprendido; sale indicando vá á avisar á Diego: volviendo al final de la escena, para decir las palabras que en ella le son señaladas, acompañado de Diego que lleva un arma en la mano.*)

Juan. Hija mia! Aquí, en mis brazos!
Matilde. Pero es posible!
Juan. Sí tal;
 hecho un pobre carcamal
 vengo á dar á vuestros lazos
 mi bendicion paternal.
Matilde. Mas ¿qué razon ha tenido
 para ocultar su llegada?
Juan. Una deuda muy sagrada
 que allá en Cuba he contraido
 hace tres años. Callada
 la tuve, y sólo los dos
 debemos saberla y Dios
 que en su seno santo y fiel
 amparó al noble doncel
 que murió de su honra en pos.
Emilia. Aún le llora el alma mia!

Diego. Pobre Eduardo! En su agonía,
 en mitad de aquel desierto
 que humeante enrojecía
 la sangre de tanto muerto;
 me dió un recuerdo sagrado
 que unido á su corazón
 fiel hubo siempre guardado;
 y de su amor malogrado
 me hizo triste confesion. *(Saca un rosario.)*
 Allí me dió este tesoro
 de sus primeros amores;
 y, al morir, con sangre y lloro,
 mil besos devoradores
 engastó en sus cuentas de oro. *(Se lo dá.)*

Matilde. Mi rosario! *(Besándole.)*

Juan. El que le diste,
 el que en su pecho pusiste
 cuando de tí se alejó
 y en España te dejó
 loca, solitaria y triste.
 Guárdale! De su oracion
 última y postrer latido
 lleva la triste impresion.

Matilde. Siempre aquí vivirá unido
 á mi pobre corazón! *(Lo guarda en el pecho.)*

Juan. Guardalé, sí! Ese rosario,
 en el casto santuario
 de tu pecho virginal,
 te preservará del mal
 en este valle precario.

Matilde. Así creo!

Juan. Comprender
 podrás al punto, hija mía,
 que yo este asunto debia
 procurar no hacer saber
 á Diego.

Matilde. Padre...sería *(Llora.)*
 mejor, que estos desconsuelos
 le contase.

Juan. ¿Por que lloras?

Matilde. Porque almas calumniadoras
 le han hecho concebir celos
 y dudas crueles traidoras! *(Aparecen Diego y An-*

Juan. Celos de tí! De una santa! *(drés por el postigo.)*

- Matilde.* Tanta es mi desdicha, tanta,
que Diego aquí me ha tratado
fieramente!
- Andrés.* (á *Diego.*) Descuidado
coge á quien tu honor quebranta!
- Matilde.* Ser dichosa yo creia
y el alma me ha hecho pedazos
con su acusacion impia! (*Llora.*)
- Juan.* A mis brazos, á mis brazos! (*Diego llega
Aprieta, aprieta, alma mia! al pabellon.*)

ESCENA ULTIMA.

TODOS, ménos EMILIA y ANDRÉS.

- Diego.* Miserable! (*Se arroja con un arma en la mano*)
- Matilde.* Ay! (*Cae desvanecida en brazos de D. Juan*)
- Juan.* Maldicion! (*Andrés huye por el postigo.*)
- Diego.* Mi padre! (*Pausa.*)
- Juan.* Tu padre honrado
y un ángel que has ultrajado!
- Diego.* Padre !Matilde! Perdon!..,
Pero qué triste y funesto
ensueño es este? ¿En qué trama
en qué doloroso drama
lucha mi razon? Qué es esto?
Usté aquí cuando creí,
presa de dudas malditas...!
- Matilde.* Besa esas cuentas benditas! (*Saca el rosario y se
lo dá*)
Por ellas tu frenesí
únicamente he causado!
- Juan.* La creistes criminal
sin que hubiese mas rival
que este rosario sagrado!
- Diego.* Pero.... decidme...
- Juan.* Tus celos
te hieieron ser visionario,
y en las cuentas de un rosario
se estrellan hoy tus recelos.
Yo te contaré, hijo mio,
el poema de amargura
que una maldita impostura
tradujo en crimen.
- Diego.* Lo ansío!

Mas ¿y Andrés? Suerte mortal
le espera! (*Vá á salir.*)

Matilde. (*Deteniéndole*) Despréciale!

Diego. El fué...

Matilde.

Nó! ¹⁷tu orgullo fué
quien me juzgó criminal! (*Se dirige al público.*)
Nécio el hombre se encadena
á una vanidad ficticia
que en ropajes de delicia
disfraza siempre la pena;
sin pensar que, en la cadena
y sucesion de sus años,
le engendran dulces engaños,
le dan vida los amores.
le envejecen los dolores,
le matan los desengaños.
Dudas, celos y pesar,
soledad, luto, indigencia,
son triste y perpétua herencia
de la vida y del hogar.
Sólo pueden encontrar
calma, dicha, paz, consuelo
que mitiguen tanto duelo
como al corazon derrumba,
el cuerpo impuro, en la tumba,
el alma fiel, en el cielo.
De esa herencia de afliccion
que así al hombre mortifica,
las lágrimas purifica
el crisol de la oracion;
y es tan grato al corazon
orar y tan necesario,
que, del mundo en el calvario,
se hace leve la subida
encadenando la vida
en las cuentas del rosario.

TELON.

